

—¿Y los generales, señora? observó Martínez, como teniendo un último escrúpulo.

—Serán considerados por Forey, y enviados á Francia, donde se les dispensarán las mayores atenciones.

—¿Y eso será cumplido?

—La palabra de una dama, caballero, puede parecer demasiado poco, pero ahí tiene usted un pliego en blanco firmado por el comandante en jefe de la expedición, haga usted de él el uso que le convenga.

La condesa entregó al guerrillero el papel, que éste recibió fingiendo una timidez que estaba muy lejos de influenciarlo.

—Tiene usted además en esta cartera, billetes por valor de cien mil pesos para repartir entre los oficiales.

—El guerrillero los tomó temblando, porque la ira estaba próxima á estallar.

—Ahora, dijo la condesa, es necesario seguir al pié de la letra mis instrucciones.

—Yo escucho, dijo Martínez, pálido de coraje.

—Hoy queda establecida la segunda paralela, y mañana al anochecer se arrojarán los franceses sobre el fuerte.

—Bien.

—Hará usted clavar las piezas, los oficiales gritarán "traición," y los soldados, cediendo á esa palabra huirán en medio del desorden.

—Está bien combinado, dijo Martínez ahogándose de rabia.

—Todo es demasiado sencillo, depende de clavar las piezas, lo que puede ejecutarse con poner de acuerdo á tres ó cuatro individuos; después del asalto nos veremos para llevar á cabo este negocio.

—Estamos arreglados.

—Agítad por tres veces una linterna por el baluarte de la derecha, ésta será la señal de asalto.

—Sí, respondió Martínez, estoy enterado perfectamente, clavaré las piezas y agitaré por tres veces la linterna en el baluarte de la derecha.

—¿Nada se ofrece, capitán?

—Nada, señora.

—Adiós, si el éxito se logra, el porvenir de usted corre de mi cuenta.

—Gracias, señora.

—Adiós.

—Adiós.

## VIII.

Luego que los pasos de la dama se perdieron en los corredores, el capitán se volvió con desesperación por la puerta por donde acababa de desaparecer la condesa, y gritó:

—¡Cien carretadas de demonios con las malditas mujeres! son capaces de voltear el mundo al revés, estoy que ardo como una bomba de á trescientas pulgadas, esta audacia no tiene nombre: ¡vive Dios!... esta cartera me está quemando la mano.

Después de reflexionar un momento, dijo:

—Si alguien supiera que yo poseo esta cantidad, pudiera denunciarme y creerse que vendía al ejército, y sería yo ahorcado en medio de las maldiciones de toda la ciudad y el ejército. ¡Juro por la memoria de mi general Zaragoza, que esta cartera saldrá del cañón con el primer disparo!

Puso la cartera sobre la mesa donde estaban sus armas y salió al corredor á gritar á su asistente, porque el fuego comenzaba á oírse menudear en todas direcciones.

No bien Martínez se alejó, cuando Manolo que todo lo había escuchado, entró violentamente al aposento, tomó la cartera, sacó los billetes substituyéndolos con algunas cartas que él llevaba en la bolsa, y se alejó á depositarlos perfectamente atados en un pañuelo, en el mismo sitio donde guardaba su tesoro.

Regresó el guerrillero, guardó la cartera con sumo cuidado, bajó las escaleras, montó en su caballo y se alejó á todo escape rumbo al fuerte de San Javier.

## CAPITULO III

## DEL PRIMER ASALTO SOBRE LA LINEA.

## I.

El capitán Martínez llegó á la Penitenciaría y llamó á uno de los jefes de más confianza para comunicarle la tentativa hecha por la Condesa sobre entrega del fuego.

Alarmóse el amigo del guerrillero, porque estaba seguro de no ser el capitán el primer invitado á traicionar, y no había ya un momento seguro toda vez que la desconfianza se introducía en las filas del ejército.

Por ahora, amigo Martínez, me marchó á dar parte al General Ortega, y los franceses serán los sorprendidos.

—Ese ha sido mi plan, el triunfo es seguro, puesto que está en nuestras manos el llamarlos sobre el fuerte.

—Mañana va ser ello, amigo mío; acompáñeme usted al cuartel general.

Los dos amigos se dirigieron á ver al General Ortega, que en aquellos momentos de reposo jugaba al ajedrez con el General González Mendoza, su consejero y amigo.

Mendoza es una persona notable por su capacidad y sobre todo por sus felices ocurrencias; es lo que vulgarmente se llama un hombre raro.

Su conversación es instructiva, porque tiene un gran caudal de conocimientos; hombre fino y de una familia distinguida, ha hecho una carrera científica, los puestos que ha ocupado han sido servidos con una exactitud y una honradez á toda prueba.

El imperio lo llamó, después de su destierro, á la Jefatura Política de México, en los momentos en que la inundación amenazaba la ciudad y el cólera se aproximaba.

Mendoza, con una grande actividad, sin querer recibir sueldo alguno, y después se retiró á sufrir en silencio las consecuencias de ese paso: hoy vive en el retiro de la vida privada.

Ortega y Mendoza estaban empeñados en el juego, diciéndose galanterías, pero batiéndose á muerte.

La opinión general acusa á Mendoza de haber influido en Ortega para decidirlo á la defensa pasiva de la plaza; la historia juzgará imparcialmente sobre esos acontecimientos.

—Señor general, ese rey está encerrado, y si enfilo mi torre, no tendrá salida.

—Es que mis peones lo amurallan.

—Puede ser que le corten el paso.

—Cuando quiera usted enrocarse ya no será tiempo.

—No hay cuidado, cuando llegemos á ese extremo, ya habrá perdido el enemigo sus mejores piezas.

—Es que no las sacrificaré si no estoy seguro de un próximo triunfo.

—Yo debilitaré á usted hasta hacer infructuosos sus ataques.

—Es que ese rey puede morir de apoplegía.

—No importa, juguemos.

—Jaque al rey.

—Eso no es nada.

—Le quedan tres casillas solamente.

—Valen por un campo retrincherado.

—Será tarde dentro de dos jugadas.

—Nunca es tarde, señor general Ortega.

—Ya lo veremos, puede pasaros lo que á uno que se volvió loco queriendo cortar con unas tijeras un chorro de agua.

—Perdone usted, general; ya estaba loco cuando quiso hacer ese disparate.

—Jaque, y.....

—Y mate, dijo Mendoza, estoy vencido.

## II.

Martínez y su compañero hablaron con los jefes, del asunto que los llevaba al cuartel general.

Mendoza envió al guerrillero al fuerte, diciéndole que estuviera preparado.

Ordenó todo lo conveniente para rechazar la intentona de los franceses, y fué personalmente á dar sus disposiciones.

El enemigo había adelantado considerablemente por el rumbo donde se distinguieron la noche anterior los faroles de los ingenieros, alumbrando la línea de trabajos, que marcaban una nueva obra de camino cubierto, que partía del punto de reunión del ramal del pueblo de Santiago al camino abierto.

Aquella nueva obra se dirigía hacia la Alameda, como buscando la aproximación á un ángulo recto con la primera paralela, para cruzar los fuegos de brecha y batir la línea de la Plaza de toros y la de redientes de Morelos.

De la primera paralela seguían también los trabajos, estando ya marcada y concluida la segunda; pero aún no estaba artillada.

En la falda S. E. del cerro de San Juan, lo mismo que en la garita de México, adelantaban violentamente los trabajos de zapa, la línea se estrechaba más y más.

El fuerte de Ingenieros descargaba sus baterías sobre las fuerzas que se aproximaban á la garita de Teotimehuacán.

Pasóse el día sin acontecimiento notable, el fuego de bomba á grandes intervalos seguía haciendo estragos por diversos puntos de la ciudad, haciéndose más notable en la Plaza Principal y calles adyacentes.

Caía la noche cuando el 6° batallón de Guanajuato, á las órdenes del valiente coronel Montesinos, acababa de llegar á San Javier para relevar al 1° de la misma división, que hacía cuarenta y ocho horas que estaba de faena.

Las músicas de ambos batallones tocaban piezas marciales en la plaza del fuerte.

Los oficiales se paseaban por el recinto y alguna inquietud se notaba en toda la Penitenciaría.

El capitán Martínez tomó una de las linternas de los inge-

nieros, acercóse á la trinchera del baluarte de la derecha, y agitando la luz por tres veces fuera del parapeto, se fué á colocar entre sus compañeros.

Esta señal, fué percibida perfectamente en el campo de los franceses.

Saltan los zuavos de la segunda paralela y de la cabeza de zapa adelantada valientemente sobre el baluarte.

Los clarines de la fortaleza tocan *enemigo*, la alarma cunde y las baterías disparan á metralla sobre los asaltantes.

Oyése de cuando en cuando y entre las detonaciones de la artillería el clarín de los zuavos que marca el paso de ataque.

Los defensores de San Javier abren sus fuegos, arman la bayoneta y esperan serenos y resueltos el ataque.

Las baterías de la Plaza de toros y los *redientes*, protejen la defensa.

Por el flanco izquierdo llega el general Negrete con sus fuerzas de reserva, y alienta á los soldados con vivas de entusiasmo que se adelantan decididos á combatir.

En medio del más grande peligro y en el baluarte donde ha puesto su mira el enemigo, se distinguen á la luz del fuego á los ingenieros, de entre ellos sale de súbito una voz, es la del jefe Sánchez Ochoa que grita á sus oficiales con una entonación terrible:

— ¡Ingenieros! ¡fuego á las minas!

Sobre el glásis del baluarte se eleva una llama roja como las primeras exhalaciones de un volcán, óyose una fuerte detonación que llena de espanto á las columnas próximas á los fosos del parapeto.

La vívida luz de aquel relámpago gigante alumbró el espantoso cuadro de la desolación; la muerte salía del abismo, y la tierra abría sus vértices para devorar á aquellos valientes que desafiaban al destino arrebatados por el entusiasmo de sus gloriosas tradiciones.

Los fuegos de la fusilería son incesantes, y el campo todo se ilumina con las vívidas luces de los disparos.

En medio de aquella claridad de muerte y de agonía, se vé retroceder á los asaltantes, rechazados, en fuga y diezmados por la metralla, buscando asilo en los caminos cubiertos y trás los gaviones de la paralela.

Los clarines tocan *alto el fuego*, y los sitiados levantan un clamoreo de victoria que se deshizo en un humo de alabanzas al Dios de los ejércitos!

### III

La gritería se apaga, y entonces se escuchan los hayes de los heridos y las voces de la ambulancia que atravesaba en to-

das direcciones recogiendo á los infelices soldados cuya sangre salpicaba los muros de los baluartes.

Entre aquella multitud agitada entre el humo de la pólvora y el vapor de la sangre, vagaba una mujer con la mirada perdida; el cabello destrenzado y la boca espumante por la rabia.

Entrábase entre los grupos de soldados, los recorría buscando á un hombre.

Acercóse á aquella mujer un oficial y dijo en voz baja:

— ¡Doña Blanca!..... ¡Doña Blanca!.....

— ¿Quién me llama? respondió la loca.

— ¿Qué hacéis aquí?

— Quiero vengarme del miserable que me ha engañado.

— ¡Señora, estáis demente, volved en vos por compasión!

— ¡Dejadme! yo necesito vengarme, pero de una manera terrible; ¿dónde, dónde está ese capitán?

— Venid conmigo, salid de este lugar, este es un sitio de maldición para vos.

— Pero no véis que el campo está lleno de cadáveres?..... que á mi voz se han lanzado sobre los baluartes, seguros de tomarlos, y que solo han encontrado el bronce y la muerte!

— Salgamos, señora, salgamos, yo os lo ruego en nombre de vuestro padre.

— ¡Mi padre!

— Si, no es este vuestro lugar, vuestra exaltación os ha perdido, venid.

El estudiante Mondoñedo, que era el hombre que hablaba á la Montemolín, la tomó por el brazo la sacó de la Penitenciaría.

Llegaron á la casa de la señorita Mons, que se encontraba en silencio.

— Reposad dijo el estudiante, mañana pasaré á veros.

— No me abandonéis, tengo miedo.

— Estaré aquí para cuanto pueda ofrecerse, adiós.

— Adiós Mondoñedo, me siento mal en el espíritu.

— Sosegáos, señora, y dormid.

— La Condesa se entró en el lecho, pero no pudo dormir entregada á la fiebre de sus pensamientos.

La infeliz joven había creído en las promesas de Martínez y se encontraba burlada cruelmente.

Sólo esa venda que cae sobre nuestros ojos cuando las pasiones se desatan en el mar del alma, puede hacernos desconocer la verdad resplandeciente; y es que el corazón humano se empeña en engañarse y huye de la realidad como de una desgracia.

La Condesa tenía accesos de locura, su cerebro no había podido resistir tanta contrariedad en la situación terrible en que se encontraba.

¡Pobre mujer! barca desmantelada en la borrasca deshecha de la existencia, sin playa ni horizontes.

Débil criatura arrastrada al campo arenoso de las dificultades en el vaivén de la lucha humana.

Había soñado un instante y comenzaba á despertar en el silencio de una noche eterna.

Pugnando por salir de la atmósfera que la abrumaba con un peso irresistible, su pensamiento se perdía en la tangente de lo desconocido, en el seno de la demencia.

Se encontraba de improviso en un mundo desconocido, viendo entrar el invierno en el campo de sus esperanzas, cayendo una á una las flores, cuyo perfume había aspirado en los jardines de su ambición.

Qué haría sola, sin amparo, engañada en su amor, burlada en sus planes y viviendo entre el odio de una rival, cuyo corazón aborrecía acaso por primera vez.

El cielo estaba cerrado para ella, por eso tendía su vista inquieta sobre aquellos campamentos foco de sus ensueños, allí estaba el hombre de su amor, la última tabla para salvarse en el naufragio de su existencia.

Doña Blanca tenía desconfianza, creía que como en Mayo, los franceses podrían levantar su campo, y entonces sería para siempre.

Se veía llegar desolada á Europa, y más tarde encerrada en la celda de un convento, donde pasaría el resto de su vida condenando su audacia y llamando á gritos á la muerte!

## IV.

En el campo francés pasaba también otra escena de desesperación: Wask, acusaba á Don Fernando de haber prometido un ataque por medio de un aviso falso y engañoso.

—Caballero, decía el Conde, esta persona jamás ha dicho una mentira.

—Conque esta sea la primera, es suficiente.

—Os digo que no estoy para bromas.

—Lo creo, como que una de las vuestras ha causado la muerte de centenares de hombres.

—Os digo, Wask, que no está el tiempo para burlas.

—Parece que os disgustáis.

—Si lo conocéis, á que seguir en ese terreno?

—Es que á mí me pone del mejor humor del mundo una contrariedad.

—No sentimos lo mismo, dejadme.

—Sois mi compañero de infortunio y con vos parto mis alegrías y mis aflicciones.

—Pesado estáis.

—Puede ser.

—Y lo extraño por que os he visto perder la moral en multitud de ocasiones.

—He tenido razón, ahora estoy tranquilo, porque ya circula la voz de una revancha y la tomarán los franceses, estoy seguro de ello.

—¿Entonces, á qué molestarme?

—La ocurrencia de la carta de aviso y la agitación de la linterna mágica, tiene su mérito.

—Wask, nos estamos equivocando, si volvéis á dirigirme la palabra, os levanto la tapa de los sesos! y el conde llevó la mano á su revólver.

—¡Quietos! gritó Manzanedo, esas son palabras mayores.

—No hay cuidado, dijo Wask, el conde está atufado y cuando riñe se hace insufrible.

El Conde salió de su tienda de campaña, queriendo evitar un rompimiento con su cómplice.

Luego que Don Fernando se echó á andar por el campo, el aventurero se puso á reir siniestramente.

—No juguéis con fuego Wask.

—Soy incombustible, Manzanedo.

—El Conde es terrible.

—Es una fiera á quien me gozo en hostigar con fierro candente.

—Puede volverse contra vos y arrancaros el corazón.

—No temáis, tengo una armadura interior que me defiende.

—Es que el plomo de su pistola atraviesa la malla.

—Os confesaré, Manzanedo, que odio á Don Fernando mortalmente, que siento hervir la sangre en mis entrañas.

—Pienso que acabaréis por mataros.

—Lo deseo vivamente, ese hombre tiene un signo de maldición para mí, su misma sangre fría, el desdén con que oye mis insultos, me humilla; al verlo siento dar un vuelco á mi corazón y quisiera lanzarme sobre él como una fiera.

—Pero ese odio es horrible, Wask.

—Sí Manzanedo, yo no me lo explico pero lo siento.

—Dominaos.

—No puedo, de pocos días á esta parte ha crecido como el Océano.

—Huid de Don Fernando.

—Mi aborrecimiento me lleva hacia él, sé además que me es necesario, necesito su amistad, sus consejos; porque él piensa demasiado, y yo no tengo en mi cerebro más que sombras y obscuridad.

—Yo procuraré reconciliarlo con vos mismo, pensad en vuestra liga, en que los tres formamos una potencia, y la separación sería la pérdida de un miembro, la mutilación.

—Es verdad.

—Sabed, además, que el aviso dado á Don Fernando sobre el ataque de esta noche, vino por mano de la Condesa.

—¿Luego ese hombre ya llegó hasta la Montemolín?

—Sí, ha llegado, y su nombre es fatal.

—Ese hombre me causa pavor, ya veis que tengo algo desconocido en el alma que hace respetar y maldecir al Conde, él está sobre nosotros y no lo conocemos aún.

—Sea lo que fuere, es nuestro brazo derecho, y hay que contentorizar, estáis en la víspera de una fortuna inmensa, y yo de ver realizadas mis esperanzas. Forey no se dará por vencido con la contrariedad de esta noche, los sitiados no toman la iniciativa y quedan enjaulados después de su victoria, sin avanzar nada en su penosa situación.

—Es verdad.

—Entonces, prudencia, amigo mío, prudencia, no os entretengáis al histórico de un odio sin fundamento.

—No hablemos más de ello.

—¿Conserváis vuestros documentos?

—Perfectamente, aquí tengo la escritura, por la cual Mr. de Saligny debe de entregarme mi parte asignada en el negocio de Jeker; en la misma escritura está la cantidad que el Conde debe percibir, muy pronto haremos las divisiones y nos separaremos para siempre.

Los dos amigos se quedaron pensativos, Manzanedo sacó de su cartera la última correspondencia con el Conde de Morella, y Wask se puso á hacer números y cálculos con su lápiz, sin llamarle la atención los gritos de los heridos franceses que atravesaban en sus camillas frente á su tienda de campaña.

#### CAPITULO IV.

##### TRES CUARTOS PARA LA TOMA DE UN FUERTE

###### I

El 24 de Marzo, al amanecer, se distinguía el asombroso trabajo de zapa en el campo francés, la artillería de brecha estaba establecida en la segunda paralela, en número de doce cañones rayados.

El camino cubierto nuevamente, comprendido desde el ramal de Santiago; llegaba á ochocientos metros del fuerte de San Javier, y la batería que el primer día de fuego apareció á dos mil metros, se avanza considerablemente, y establecida á la misma distancia que la segunda paralela, en un ángulo de setenta grados y cruzando con ellas sus fuegos.

La batería situada en el cerro de San Juan, se había también adelantado á la plaza, á la altura de la segunda paralela, de suerte que los tres puntos cruzaban sus fuegos, convergiendo sobre uno solo del fuerte.

La batería de la garita de México, estaba aumentada y reforzada por seis piezas más, también rayadas.

La cabeza de zapa en la línea de ataque, continuaba a trevida iniciando el establecimiento de la tercera paralela.

Los ingenieros mexicanos estaban al concluir la línea cerrada; y se habían comenzado las obras interiores en las manzanas y conventos designados.

Las calles estaban cerradas con fuertes parapetos, y los balcones de los edificios con sacos de tierra.

A la primera luz de la mañana, cincuenta cañones rompieron un fuego terrible de brecha sobre el fuerte de San Javier.

El espacio se veía surcado de proyectiles y el campo se envolvía en una tormenta de humo y de fuego, los revestimientos y cortinas de los baluartes, se estremecían al constante choque de los proyectiles.

Las baterías mexicanas no cesaban de descargar sobre los soldados de la paralela, los infantes esperaban con la bayoneta armada el próximo asalto que vendría después del fuego de brecha.

Dos horas largas de jugar las baterías, habían hecho formidables estragos, los fuegos de San Javier se debilitaban, y era que diez piezas habían sido desmontadas, y los artilleros, en su mayor parte, yacían tendidos bajo las cureñas de sus cañones.

Tres de los baluartes sufrían aún las descargas incesantes de la paralela, uno en ruinas y con la brecha casi practicada, y el otro al derrumbarse.

Los ingenieros luchaban por repner los revestimientos, y parapetando y defendiendo entre el peligro más inminente á los heroicos soldados del fuerte, unas veces con gaviones, otras con sacos á tierra, y algunas hasta con cadáveres.

Las fuerzas faltaban, el trabajo vencía á la naturaleza; pero no podía apagar el aliento indomable del patriotismo.

La bandera de la patria estaba sobre el baluarte hecha girones y ametrallada; parecía que el genio invisible de la heroidad la sostenía sobre aquellos escombros ensangrentados.

## II.

Iban transcurridas tres horas de un fuego de brecha espantoso, cuando los clarines franceses tocaron *alto*.

Entonces hubo un momento de contemplación dolorosa; una tercera parte de la artillería del fuerte, estaba destruída completamente, los baluartes todos, las cortinas y trasversas, pero no completamente, arrasados.

El coronel Gagern entró en el fuerte con el batallón de Zapadores, que entrega al infatigable Sánchez Ochoa, y entonces comienzan los trabajos de reparación, mientras los artilleros colocan nuevas piezas en los baluartes, bajo la dirección del valiente Zeferino Rodríguez.

Los cadáveres se recogían de aquella arena ensangretada; Octavio Rosado levantaba personalmente á sus queridos soldados de Guanajuato tendidos sin aliento al pié de su estandarte.

Pasóse el resto del día en constante trabajo, siendo molestados sitiados y sitiadores por las bombas que de tiempo en tiempo arrojaban los fuertes y paralelas.

El 3.º y 6.º de Guanajuato reemplazaron á sus compañeros en la plaza del fuerte, y esperaron arma en brazo al enemigo.

Ochenta bocas de fuego jugaron media hora en el campo de la lucha.

Daban las once de la noche; cuando de súbito se deja oír ese toquido eterno del clarín de los zuavos, que marca el paso de ataque.

El fuerte y todos sus baluartes, anuncian que el enemigo ha saltado su tercera paralela y se dirige sobre el reducto.

Los cañones del fuerte arrojan el plomo, y con él la muerte y el exterminio.

La reserva mandada por Negrete, acude al lugar del combate en los momentos supremos del conflicto.

Los cañones franceses alzan sus miras y demuelen la parte alta de la Penitenciaría; mientras sus soldados avanzan á paso gigantesco sobre el fuerte hecho pedazos.

Negrete había llegado á tiempo, un fuego terrible de fusilería corona los baluartes, sobreponiéndose á su estallido los ecos de la artillería que jugaba á metralla sobre los franceses.

El enemigo no pudo resistir á esa catarata de hierro candente, y aquellos bravos y valientes soldados fueron puestos en fuga y dispersión, porque la muerte los seguía en medio de las sombras y los alcanzaba al relámpago de los disparos.

El segundo asalto estaba frustrado.

¡Oh! si entónces á aquella tropa victoriosa se le hubiera concedido el salir de sus parapetos acribillados, en pos de su enemigo, cuánta sangre se hubiera ahorrado, cuánto hubiera cambiado el destino obscuro de la patria en las amargas horas de su infortunio.

## III.

El 25 de marzo la tercera paralela estaba establecida y la línea de fuego á *quinientos metros* del fuerte, y de ella se prolongaba siempre amenazante el camino cubierto, parecía que la cabeza de zapa venía buscando el *glásis* hasta la *contra escarpa* de los fosos.

En la parte de la batería cruzada de la falda del cerro de San Juan y en el ramal que se dirigía á la línea de redientes y Alameda, se notaba que los trabajos de zapa se extendían á derecha é izquierda, como para establecer ó aumentar su artillería.

Por la garita de México estaba todo tranquilo, sólo de tiempo en tiempo lanzaba sus bombas sobre la ciudad.

A las nueve de la mañana comenzaron ya los fuegos de elevación sobre la plaza del fuerte, y se pudo entónces descubrir, que durante la noche habían situado pequeños morteros en distintas direcciones, que hacían un efecto terrible sobre los infantes y artilleros.

La primera y segunda paralela alternaban en sus proyectiles y las baterías adyacentes cruzaban sus fuegos, impidiendo la reparación de San Javier.

Así pasó todo el día sin ningún incidente notable; los soldados del campo mexicano no descansaban en su activo trabajo de fortificación interior.

Por la noche siguió un fuego pausado de artillería por ambas partes.

Los ingenieros y artilleros se hallaban tan adelantados en sus obras, que ya el enemigo se encontraría con nuevos obstáculos en su segunda intentona.

La tercera paralela estaba concluída y artillada con doce piezas de brecha, rayadas y de grueso calibre.

La posición de esta última línea, distaba como hemos dicho, quinientos metros del fuerte de San Javier.

Las baterías del cerro de San Juan y del ramal de Santiago, que habían sido avanzadas, conservaban sus mismas posiciones á ochocientos metros del fuerte; pero habían sido reforzadas contando con doce piezas más, rayadas y de brecha.

El aumento era, pues, de veinticuatro piezas, y el total en la línea de ataque, comprendiendo las baterías de morteros de la garita de México, arrojaban un número de más de ochenta bocas de fuego.

Los pabellones mexicano y francés estaban tan cerca, que podían distinguirse en ambos campos sus águilas.

Numerosos gallardetes rojos en distintas direcciones, se elevaban sobre cada batería para marcar la colocación de fuegos cruzados y paralelas.

Sonó por fin la hora fatal, las seis daban en los relojes de la plaza, el ronco clarín de la artillería francesa mandaba romper el fuego á las baterías.

Un momento después, la tormenta se sacudió sobre los puntos todos del fuerte de San Javier.

¡Horrible espectáculo!

La artillería mexicana contesta con vigor; pero en vano, no le es dado competir con su enemigo, su número de piezas es inferior, la lucha desigual, aunque gloriosa para la República.

Después de una hora de combate, las brechas comienzan á practicarse, y en los baluartes y cortinas que dan su frente á las paralelas, algunas piezas se ven ya desmontadas, los pelotones todos de artillería, están muertos al pié de sus cañones; distinguiéndose entre aquellos cadáveres, multitud de jefes y oficiales, la sangre corre á torrentes por las esplanadas; pero nuevos artilleros han substituido á los que acaban de morir, el valiente Platón Sánchez se bate con un heroísmo indecible, y á su lado y entre el polvo, con el rostro ennegrecido por la pólvora, se distingue al bravo ingeniero Sánchez Ochoa, que con sus oficiales lucha en vano por tapar la brecha que abre implacable la artillería enemiga, cada gavión que colocan es despedazado al instante, dejando tan sólo el rastro de la sangre y los cuerpos horriblemente mutilados de los zapadores.

En lo alto de la Penitenciaría se distinguen los rifleros de Nuevo León, cuyos tiros llevan la muerte á los artilleros franceses.

Las infanterías del 2.º de Guanajuato, á las órdenes de Octaviano Rosado, el 6.º á las de Montesinos, y algunas compañías de Morelia, ayudan en medio del fuego á los artilleros é ingenieros.

El fuerte de Morelos, en su línea de redientes, y las baterías de la Plaza de Toros y flanco derecho del fuerte del Carmen, baten con actividad y decisión al enemigo; pero haciendo un débil efecto.

La mayor parte de la artillería francesa, está enterrada en las paralelas, y descubre solamente sus ennegrecidas bocas.

## IV.

Son las nueve de la mañana, el fuego de brecha ha cesado; pero la vista que presenta el fuerte de San Javier es espantosa! La muerte y el exterminio dejan sus sangrientas huellas por todas partes, restos humanos están aquí y allí, diseminados por el efecto de las bombas y el terrible proyectil rayado. Algunos soldados agonizantes se arrastran cerca de los fragmentos de los mástiles y cureñas despedazadas, las piezas todas de sitio, yacen esparcidas en aquella arena, y sus bocas aún exhalan el humo de sus recientes descargas.

Las brechas están perfectamente practicadas; pero el toque de asalto aun no suena; el enemigo vacila y se detiene ante el heroísmo de una defensa magnífica.

A la una en punto del día, los cadáveres y heridos habían sido separados del lugar del sacrificio, y una nueva escena, el segundo acto de aquel drama sangriento iba á comenzar.

El fuerte estaba un tanto separado, no ya en la línea de sus baluartes y cortinas, porque estaban acribilladas; pero trincheras y parapetos dentro de la Plaza del fuerte, se elevaban potentes para resistir de nuevo el choque terrible del enemigo.

La hora se acercaba, y los ingenieros con su actividad y audacia, han levantado aquella línea al frente de los asaltantes; entre aquellos jóvenes falta el teniente Hernández, herido sobre la plaza del fuerte.

La línea de defensa ha sido artillada con piezas de batalla por el denodado jefe Alejandro García y el artillero Manuel Inclán.

Junto á esas piezas está Platón Sánchez, con tres artilleros de reserva, porque todos los demás han muerto.

Torna otra vez á sonar el fatídico clarín de la artillería, y se repite el fuego de la brecha terrible, implacable, sobre aquellos ensangrentados escombros.

No sólo la Penitenciaría es el objeto de la saña enemiga, sus proyectiles causan estragos formidables en los reductos adyacentes, sin lograr apagar sus fuegos.

Van trascurridas dos horas mortales y aquella tempestad sigue desgajándose con la misma potencia.

Las débiles piezas de batalla que el general García colocó en el fuerte, han sido desmontadas en su mayor parte y yacen tiradas entre los montones de cadáveres y tierra escarbada, y gaviones despedazados, y sacos á tierra donde apoya su cabeza algún moribundo.

Todos los baluartes y cortinas presentan un aspecto de eso

lador, acribillados, humeantes, ensangrentados y derrumbándose á las detonaciones que estremecían el fuerte y la ciudad.

Sigue el fuego como la cólera de Dios, ya no queda más que una sola pieza de batalla, que al dispararse crujen sus ruedas sobre los cuerpos inertes de aquellos hombres que poco antes la habían hecho jugar sobre el campo francés.

Los ingenieros se precipitan desesperados en aquellos momentos de tribulación espantosa, y arrojan sobre el recinto multitud de sacos á tierra para defender el último cañón del reducto.

El enemigo observa este arrojado movimiento y dirige su mira á aquel punto, admirado de tanto valor y audacia.

Una bomba cae sobre aquel grupo, rueda humeante ardiendo su espoleta hasta detenerse entre las ruedas de aquella última pieza, y..... hace su terrible explosión!..... vuela el mástil y las cureñas, el cañón se desploma, y todo queda envuelto en una densa nube de humo y de polvo.

Al disiparse aquella sombra, se dejó ver el cuadro magnífico de la heroicidad humana.

Ingenieros y zapadores estaban arrojados sobre los cadáveres de sus compañeros, palpitándoles aún las abiertas heridas por donde á borbotones salía la sangre humeante.

Ramiro sostenía al bravo Platón Sánchez, que yacía desmayado y con una herida abierta en la cabeza; Sánchez Ochoa veía entre la calada visera de su kepí y con las lágrimas del sentimiento y del coraje, aquella ecátombe espantosa.

La bandera nacional cubría con su sombra á las heroicas víctimas de la patria.

Oyóse de repente un ruido espantoso como el de un torrente que arrastra en su pos las rocas de la montaña; era la Penitenciaría que se derrumbaba, cubriendo con sus escombros cadáveres y cañones despedazados, y hombres, como desaparece un pueblo bajo la ceniza de los volcanes.

Un soldado de Guanajuato salta de los escombros con el arma hecha pedazos, y grita con voz terrible:

—¡Cabo cuarto! no tengo puesto, el enemigo me ha desalojado!

## V.

Platón Sánchez vuelve de su desmayo, le vendan la herida y se resiste á abandonar el fuerte.

El general García insiste en la defensa y trae otra batería de batalla; aquello no tenía nombre, era el esfuerzo sobrehumano de un pueblo antes de entregarse prisionero en manos de su enemigo.

¡Una batería de batalla para resistir ochenta cañones!

¡Aquel espectáculo arrancó un grito de entusiasmo, alarido del corazón en aquella crisis de muerte y desolación!

Llegan tropas de refresco y el combate sigue con más empeño.

Una granada cae en la paralela francesa, y el comandante general de artillería Bernay de L'Aumier, cae muerto con el grupo de sus oficiales, y herido de la Tour D'Auvergne.

Un grito de rabia se exhala del campo enemigo, las baterías convergen hacia el baluarte, y en breves instantes las seis piezas son desmontadas y en los escombros.

Ya no queda esperanza, el fuego es incesante el fuerte está arrasado; y el asalto debe verificarse en aquellos momentos; pero el enemigo desconfía de su victoria, sabe que en el interior de la Penitenciaría y sobre aquellas piedras, lo aguardarán á la bayoneta.

Suspéndese por unos momentos el fuego y los defensores del fuerte creen llegado el momento.

Más de mil cadáveres llenan las esplanadas, la jornada había prolongado sangrienta y terrible; pero no llegaría al fin sin que tanto heroísmo fuese premiado por *Aquel* que en azot de sus iras, recoge, sin embargo, en su seno, el amargo llanto de la aflicción humana.

## VI.

El fuerte está arrasado; pero el enemigo lanza sus fuegos sobre el primer muro de la Penitenciaría, le inquietan aquellas paredes, sospecha que tras ellas encontrará la muerte, y su artillería las rompe y las desgrana.

La reedificación era imposible en aquellos momentos, sobre los escombros debía librarse una batalla.

Las infanterías de Guanajuato penetran en la derruida plaza, Negrete llega con las reservas.

Los fuegos á metralla de la Plaza de Toros, redientes de Morelos y convento del Carmen, se cruzan con éxito sobre el enemigo.

Los fuegos de toda la línea francesa convergen sobre la Penitenciaría para apagar los fuegos de los infantes que salen sin cesar de entre aquellas ruinas.

El clarín de los zuavos suena, llamando al asalto.

Los cazadores de Vincennes y tropas de línea siguen la vanguardia de los soldados de brecha y aquella columna, protegida por sus cañones, se precipita sobre el fuerte.

¡El momento era terrible!

Los zuavos llegan á los fosos, descienden á las contra-escarpas; las bombas que se hallaban bajo el césped, hacen explosión, los atrevidos soldados de la Francia, vuelan en pedazos, y la vanguardia de la columna desaparece.

Aquella masa retrocede acribillada; Smith, el valiente Smith, cuyo valor va hasta la temeridad, se lanza con los cuerpos de Guanajuato fuera de parapetos, lo siguen las infanterías de Río Seco y un batallón de Puebla al mando del coronel Juan Ramírez, y apoyados por el flanco izquierdo del fuerte, por los derodados cuerpos de riferos de San Luis, con Salazar y Hernández á la cabeza, y por Auza al mando del 3.º, 4.º y 5.º de Zacatecas, se precipitan en la llanura á la balloneta, y arrollan por completo al enemigo y lo arrojan más allá del *glasis* del fuerte, dejando un reguero de cadáveres hasta los bordes del camino cubierto, frente á la tercera paralela.

El campo quedó en silencio.

Así terminó aquella sangrienta jornada, página de oro en los anales del sitio; acaso hayamos olvidado algunos ombres y algunos hechos, pero la historia recogerá siempre con más escrupulosidad que nosotros, las escenas gloriosas de esa epopeya.

## CAPITULO V.

### DE COMO EL ALMA DE UNA MUJER TIENE MUCHO DEL ESPIRITU DE UN ANGEL.

#### I.

El estudiante sacó á Doña Blanca de la Penitenciaría donde el riesgo era inminente, y delirante y perdida la condujo á la casa del Sr. Mons, llevola á su aposento, donde la dejó para que entrase en calma.

Doña Blanca se arrojó en un sillón desesperada, su pensamiento, á fuerza de seguir girando en un mundo abstracto, se fué encarrilando y acabó por recobrar su curso ordinario.

La infeliz joven echó de ver el desorden de sus vestidos, sintió su cabello azotar su frente, volvió su faz hacia el espejo, contempló su rostro y se estremeció al ver la impresión profunda, la variación espantosa que había sufrido en tan pocas horas.

Levantóse azorada como si dejase la sepultura y volviese

de aquel silencio á la luz de la existencia, temió seriamente por su razón exaltada, y al pensar que podía perder el juicio en uno de aquellos terribles accesos, se estremeció de espanto.

Cuando el alma está en esas crisis de amargura en que el vértigo y una alucinación dolorosa puede causar hasta la muerte, entonces se busca un corazón que armonice con nuestra angustia, que nos auxilie en los instantes supremos de aflicción y nos preste el rocío de sus lágrimas y aliento vital de sus palpitaciones.

Doña Blanca estaba sola, veía en su torno á seres á quienes habia ofendido y de quienes no podía alcanzar sino el perdón.

Sintió necesidad de llorar, porque el torrente de sus lágrimas la ahogaba, y su pecho no alcanzaba la respiración.

Dirigióse á la puerta, se puso á escuchar y percibió que el estudiante se paseaba por los corredores, entonces avanzó algunos pasos y habló á Mondoñedo.

El estudiante, á quien siempre impresionaba el timbre de aquel acento, se volvió inmediatamente.

—¿Qué me querías señora?

—Os suplico que me llaméis á Eloisa, decidla que la necesito.

—Está bien, replicó Mondoñedo. Y se dirigió inmediatamente á la estancia de la señorita Mons.

Eloisa no había hecho saber á Doña Blanca que poseía su secreto, guardó en el fondo de su alma el terrible desengaño, y veló bajo una apacible sonrisa la amarga hiel de sus infortunios.

La pobre Eloisa había despedido sus ilusiones, como el invierno con sus cierzos á las golondrinas.

De aquel amor no quedaba ya más que un recuerdo vago, la sombra de una memoria que se va desvaneciendo como las nieblas á los rayos del sol.

Habiendo amado con pasión, pero al recordar los horribles crímenes confesados por el mismo labio del conde, se había horrorizado, y por instinto separado de aquella alma siniestra suspendida en el abismo sin fondo de la desgracia.

La joven, cuyo candor y virtud no podía contrariarse con la ponzoña de un aliento envenenado, se plegaban como las hojas de la sensitiva, y huyeron al contacto impuro de aquel corazón ennegrecido por el extravío y el crimen.

El alma de la joven se alzaba digna, heroica, condenando su amor, despedazando sus creencias, anatematizando su *ayer* y evocando sublime el porvenir en medio de su martirio.

¡Cuántos sufrimientos! ¡cuántas angustias traía consigo esa resolución arrancada al más terrible de los destinos!

Sufrir, llorar, revolverse en el lecho espantoso del tormento, he aquí la predestinación humana!